



Río de la Plata

Prendan la tele, dice mi mamá apenas llegamos a casa y corre directo al living. Entraron a robar el Banco Río. Yo, que estoy concentrada en encontrar los anillitos rosas dentro del paquete de galletitas, agudizo el oído y me siento en el sillón gris y beige a cuadros, que almacena desde audífonos de plástico hasta migas de galletitas, manchas de chocolatada y palitos de queso. El Banco Río tiene un cartel azul con letras amarillas y está en la esquina frente al Blockbuster, donde, a veces, si nos portamos bien, los fines de semana vamos a alquilar películas. Lidia, la señora que trabaja en casa, prende la televisión. En la pantalla, reconozco las calles del barrio al que nos mudamos hace poco. Varios patrulleros están estacionados en la esquina de Perú y Libertador, y una periodista relata las últimas noticias. Yo creo que pongo cara de susto porque mi mamá me dice que no mire eso, que le cuente a qué habíamos jugado en lo de Maru.

Rehenes, le escucho decir a la señora que tenía el micrófono en la mano. Qué son rehenes mamá, pregunto. Ella, con un ojo en la agenda y otro en el teléfono fijo, me improvisa una definición. Y yo sé que habla de la película, esa que vi a escondidas unas



semanas atrás en la casa de la calle Sarmiento, que alquilábamos antes de mudarnos.

Era una casita luminosa, con muchas ventanas y un jardín chiquitito lleno flores que mi abuela sabía nombrar. Pero la tarde en que mi hermano vio esa película, el living se llenó de sombras y a la noche me costó dormir. Espié oculta en la penumbra de las escaleras, desde el punto ciego del sillón en el que se sentaba, despatarrado, mi hermano. Un grupo de hombres vestidos de pintores, que llevaban máscaras y armas, trababan las puertas de entrada de un banco y a los gritos hacían que la gente se tirara al piso. Algunas personas lloraban. Había también una camioneta blanca estacionada en un lugar estratégico, donde estaba la sala de operaciones del robo. Más tarde, aparecieron en escena los policías, los detectives, las sirenas y las luces. Quería taparme los ojos, pero necesitaba ver qué pasaba después. El corazón me latía fuerte, y la música y las imágenes que pasaban rápido en la tele le imponían un ritmo aún más veloz. Estaba ahí escondida porque, cuando empezó la película y saltó un cartel de solo apta para mayores, mi mamá me gritó desde la cocina que era para "grandes". Yo ya sabía leer, tenía seis años recién cumplidos, andaba en bici sin rueditas (había aprendido sola) y ahora mi mamá me decía que tenía que esperar siete años, más del doble



de mi vida, para poder ver esa película. Le insistí un rato, lloriqueando los mejores argumentos que se me ocurrieron, mientras de reojo miraba el televisor, pero no hubo caso, y la película ya había empezado. Mamá me mandó al jardín o a mi cuarto. O a donde sea, dijo. Pero no quemes etapas. Y yo pretendí enojarme e irme, pero me quedé hecha bolita a mitad de la escalera viendo la película a través de los espacios de la baranda. Las imágenes se iban grabando en mi memoria, aunque percibía que había sentidos que me estaba perdiendo, que no llegaba a hilar. Tuve el cuerpo duro, los pies fríos y la mirada hipnotizada hasta que pasaron los créditos y mi hermano prendió la luz.

Los rehenes ya fueron liberados, pero no hay indicios del paradero de los delincuentes... Mi mamá, mientras tanto, habla por teléfono con la tía María, que va a venir a casa a cuidarme porque ella tiene que salir y Lidia ya se va. Por qué no me dejás a mí a cargo, chilla mi hermano. Vos imaginate, Diego, si se escapan y entran a casa. Voy a cerrar bien todo; apenas llega María, me voy un rato y vengo.

Miré minuciosamente las rejas de hierro de las ventanas, la puerta de entrada de madera. Estaba asustada. Mirá si venían a mi casa, estacionaban una de esas camionetas blancas con vidrios polarizados y esperaban a que estuviésemos durmiendo. Mirá si



me robaban a mí o a alguien de mi familia. Esa noche me quedé alerta lo más que pude. Encontré figuras macabras en la ropa que estaba apilada en la silla del escritorio de mi cuarto y, cada tanto, me asomé a la ventana que daba a la calle para ver por los agujeritos de la persiana que no hubiera nadie.

Unos días después, se dijo que los ladrones se habían fugado por las cañerías y se habían escapado en barco por el Río de la Plata. Banco Río. Río de la Plata. Me acuerdo que pensé en lo que siempre se me venía a la cabeza cuando alguien nombraba el río. Un río de plata. Un río marrón lleno de billetes en el fondo.

Cátedra: *Reescritura de textos literarios en español* del Traductorado de Inglés

Autora: Ana Inés Valentino Barzi